



25 AÑOS DE ANIMACIÓN A LA LECTURA
JORNADAS DE REFLEXIÓN DESDE LAS BIBLIOTECAS
ESCOLARES Y PÚBLICAS
Guadalajara – Palacio del Infantado
28 al 30 de Noviembre de 2002

TÍTULO DE LA PONENCIA	El bosque de la animación y los árboles de la lectura
------------------------------	---

NOMBRE DE LOS PONENTES	Javier García Sobrino y Diego Gutiérrez del Valle.
-------------------------------	--

INSTITUCIÓN O GRUPO	Equipo Peonza.
----------------------------	----------------

DATOS DE CONTACTO	
TELÉFONO/S	Javier: 942 719582 (Colegio: 942 718005) Diego: 942 871959 (Colegio: 942 871959)
CORREO ELECTRÓNICO	Javier: javiersobrino@arrakis.es Diego: eapari@mundofree.com
DIRECCIÓN POSTAL	Javier: La Portilla, 1-2º izqda./39594 Pechón (Cantabria) Diego: C/ Venancio Bosco, 1-1ºA/39700 Castro Urdiales (Cantabria)

RESUMEN O ESQUEMA DE LA PONECIA
<p>Aunque una minoría dentro del colectivo docente, son muchos los maestros y profesores que empeñan sus mejores esfuerzos en animar a sus alumnos a leer. A menudo desprovistos de medios materiales y de formación adecuada suficientes, sin una asignación horaria y rodeados de la incomprensión de sus compañeros, son capaces de poner en funcionamiento bibliotecas escolares y de desarrollar atractivos programas para su dinamización. Sin embargo, la animación a la lectura se reviste, en demasiadas ocasiones, de los ropajes de la fiesta, la actividad colectiva y dirigida y pierde de vista que la lectura, en última instancia, es un encuentro íntimo, silencioso y voluntario con el libro. Se trata de una contradicción difícil de resolver.</p> <p>Después de estos últimos años dedicados a la animación a la lectura en la escuela, nos surgen algunos interrogantes y la convicción de que en su acertada respuesta residen algunas claves de la cuestión: ¿Para cuándo la implantación legal de las bibliotecas escolares? ¿Qué aportan los libros a nuestros niños y jóvenes? ¿Pero, de verdad leen los maestros y profesores?</p>

EL BOSQUE DE LA ANIMACIÓN Y LOS ÁRBOLES DE LA LECTURA

Javier García Sobrino y Diego Gutiérrez del Valle

No es la primera vez que acudimos a Guadalajara atendiendo a la llamada permanente que, como un potente faro en la tierra de los molinos de viento, emite la ciudad para atraer a cuantos sentimos el amor por los libros y la animación a la lectura. En esta capital del cuento, queremos iniciar nuestra participación con un breve relato: bellas palabras para unas Jornadas que convocan a todos los presentes para intentar hacer luz en torno a un asunto apasionante. De *El libro de los abrazos*, de Eduardo Galeano, “El arte para los niños”:

“Ella estaba sentada en una silla alta, ante un plato de sopa que le llegaba a la altura de los ojos. Tenía la nariz fruncida y los dientes apretados y los brazos cruzados. La madre pidió auxilio:

- Cuéntale un cuento, Onelio – pidió -. Cuéntale, tú que eres escritor.

Y Onelio Jorge Cardoso, esgrimiendo una cucharada de sopa, comenzó su relato:

- Había una vez una pajarita que no quería comer la comidita. La pajarita tenía el piquito cerradito, cerradito y la mamita le decía: “Te vas a quedar enanita, pajarita, si no comes la comidita”. Pero la pajarita no hacía caso a la mamita y no abría su piquito...

Y entonces la niña lo interrumpió:

- Qué pajarita de mierdita – opinó. “

Resumir, analizar y valorar los últimos veinticinco años de animación a la lectura en treinta minutos es para nosotros un reto atractivo, por cuanto obliga a un ejercicio de reflexión y síntesis en torno a la materia que ocupa muchas de nuestras preocupaciones e ilusiones. Para los asistentes a estas Jornadas, sin duda, será un motivo de alivio saber que, por tediosas y plomizas que puedan resultar las intervenciones, no tendrán que aguantarnos más allá de esa consabida media hora. Y, en cualquier caso, la fórmula nos parece acertada porque ofrece agilidad y variedad de puntos de vista y abre la puerta a la participación de todos en un debate que, seguramente, será lo más enriquecedor de estos tres días.

Comparecemos en este foro como miembros del Equipo Peonza, un grupo de ocho maestros y profesores de otros tantos colegios e institutos de Cantabria, que edita, desde hace dieciséis años, una revista del mismo nombre dedicada a la literatura infantil y juvenil. Por tanto, en nuestra exposición adoptaremos la perspectiva que mejor conocemos, que es la escolar, pero no desde nuestra exclusiva experiencia en los diversos centros que cada uno hemos recorrido a lo largo de este tiempo. Nos proponemos ampliar el foco de nuestro faro particular y que nuestra intervención acoja el trabajo de otros compañeros con los que mantenemos un estrecho contacto, el de colegios e institutos donde hemos colaborado con cursos o charlas y, por supuesto, las reflexiones y conclusiones recogidas en las múltiples jornadas, como las presentes, en las que hemos participado como asistentes o ponentes. Del conjunto de elementos que hemos enunciado extraeremos una base más sólida sobre la que

sustentar las muchas dudas (y no tantas certezas) acerca de la literatura infantil y juvenil que a continuación pasamos a exponer.

Más que una singladura que refleje la secuencia temporal del período a analizar, iremos mostrando una serie de momentos, de instantes que den una idea de lo que, según nuestra opinión, es el estado actual de la cuestión. Serán imágenes en un blanco y negro contrastado, como una noche de verano, con acusados contraluces y claroscuros, donde reinan las luces y las sombras. Que cada cual sepa extraer los matices que puedan escapar a nuestro planteamiento.

PUERTOS DE PARTIDA

El análisis que proponemos parte de dos hechos centrales que condicionan y lastran todas las actuaciones emprendidas en cuanto a la animación a la lectura: el carácter propio de la lectura como camino personal y diferenciado y la no implantación legal de las bibliotecas escolares.

Con relación al primer punto diremos que para que los niños y jóvenes lleguen a adquirir el hábito de la lectura y se zambullan voluntariamente en el mar de los libros, hay tantos caminos como granos de arena, y pueden tomar tantas direcciones como libros hay por leer. Este hecho singular, particular, único, privado y personal es algo enriquecedor y diverso; pero también limita la extensión o generalización de determinadas actuaciones o propuestas de animación. La escuela, tan acostumbrada a la generalización, tiene que buscar barcos con libros diferentes en los que cada escolar pueda subirse y navegar por rutas que le lleven a puertos, archipiélagos y otras tormentas.

Con relación al segundo punto, en estos veinticinco años se han sucedido como luces tenues los planes ministeriales (aunque hayan sido más abundantes los períodos de paréntesis, de absoluto abandono y profundas sombras) que, entre programas más o menos interesantes, han dejado al margen la institucionalización de estas bibliotecas en las condiciones idóneas en cuanto a medios humanos y materiales. De manera que existe un déficit en la materia que arrastramos hasta hoy y que marca negativamente las señas de identidad de la animación a la lectura en la escuela que nos proponemos revisar en el siguiente análisis con nuestro faro de luces y sombras.

1.- LA ESCOLARIZACIÓN DE LA LECTURA

En los años setenta la literatura infantil española experimentó un notable desarrollo con la aparición de nuevas editoriales y colecciones, la renovación y ampliación de la nómina de escritores e ilustradores y la publicación de obras de los grandes autores del panorama internacional. Por otro lado, la escuela experimentó una profunda renovación vinculada en un primer momento a la Ley General de Educación del año 1970 y posteriormente al florecimiento de los Movimientos de Renovación Pedagógica. Ambos hechos se relacionan con los profundos cambios que representó para nuestro país la transición de la dictadura a la democracia.

En lo que respecta a la lectura, en la escuela empezaron a sustituirse las viejas fórmulas repetitivas y grises por otros métodos más atractivos y dinámicos. Las bibliotecas pasaron a acoger libros mejor editados y con una ilustración moderna, con creciente presencia

de tebeos y álbumes para los más pequeños y, en general, de títulos variados en cuanto a la edad de sus destinatarios y sus temáticas. Las bibliotecas escolares dieron cabida a estos planteamientos renovadores apoyados por interesantes iniciativas institucionales (cursos de formación, dotación de fondos bibliográficos) que no tuvieron continuidad en el tiempo. Las bibliotecas de aula empezaron a generalizarse en los diferentes niveles educativos.

Este hecho supuso el acercamiento al universo de los libros de sucesivas generaciones escolares que encontraron una oportunidad para aficionarse a leer en un país con un grave déficit de bibliotecas públicas y con unos índices muy bajos de lectura, según arrojan los resultados de las encuestas de entonces y, lamentablemente, las de ahora.

La valoración debe ser positiva en la medida en que supuso un avance democratizador y una mejora en la igualdad de oportunidades; la extensión de la enseñanza obligatoria y el mayor acceso a los libros proporcionó nuevas posibilidades formativas y culturales para amplias capas sociales.

Pero, paralelamente, la escolarización del libro, aun con toda la renovación metodológica que ha llevado aparejada, ha traído una excesiva vinculación de la lectura con lo académico. No hablamos de la enseñanza de la lectura como acceso al código escrito, ni del estudio de la literatura como materia, sino del fomento de la lectura como hábito, es decir, como opción personal, libre y gratuita (que no exige entregar nada a cambio). Las editoriales miran demasiado hacia la escuela, viendo en ella su mayor mercado. En este sentido, detectamos una excesiva instrumentalización que convierte al libro en un vehículo para la realización de enojosas tareas escolares, que sustituye la libertad de elección por la obligatoriedad, con lo que, a menudo, desaparece el placer de leer (verdadero motor de todo lector, incluido el profesor), reemplazado por una sensación de fastidio y hostilidad hacia la lectura. Autores y editores colaboran con demasiada frecuencia a reforzar esta línea de trabajo con libros, series y colecciones que presentan estrechos planteamientos didactistas de los que está ausente, la mayor parte de las veces, la vibración de la auténtica literatura. Recientemente, es posible detectar un auge de este fenómeno en relación con los llamados temas transversales que aparecen reflejados en infinidad de títulos. Así, ya no hay que leer para disfrutar, emocionarse, entretenerse (y de paso, aprender), sino para alcanzar de forma inmediata determinados objetivos curriculares relacionados con la igualdad entre los sexos, el cuidado de la salud, la educación vial o los valores. La literatura ha quedado reducida, demasiado a menudo, a una mera fórmula para que los niños se coman nuestras deliciosas y nutritivas sopas. Y muy pocas veces caemos en la cuenta de que los niños son lo bastantes listos como para rechazar la sopa y, de paso, la cuchara con que se les ofrece.

2.- EL VOLUNTARISMO DE LOS ANIMADORES

Las gentes que durante estos años han estado embarcadas en la animación a la lectura han dado sobradas muestras de poseer una voluntad de hierro y una dedicación admirable que sólo se explican por la pasión que sienten hacia los libros y el deseo de transmitirla a sus alumnos. Son muchos los maestros y profesores que despliegan su creatividad y capacidad de trabajo a la hora de poner en pie bibliotecas escolares y de diseñar estrategias para su dinamización en medio de una lamentable precariedad de medios. Todos conocemos experiencias sumamente imaginativas que, a costa de notables esfuerzos de sus promotores, han enriquecido el repertorio de fórmulas de animación a la lectura del que todos nosotros nos nutrimos.

Es cierto, que hasta el día de hoy (y previsiblemente en un futuro inmediato), la única forma de suplir la falta de medios sea el voluntarismo de una minoría, sin embargo, no es un modelo deseable en sí mismo y, ni siquiera, eficaz. Muchos de los que trabajamos en el campo de la animación a la lectura escolar hemos padecido la carencia de una formación adecuada que nos ha llevado a propinar palos de ciego a diestro y siniestro mientras, lentamente, íbamos adquiriendo una preparación técnica muy costosa en tiempo, esfuerzo y, por qué no decirlo, dinero. Así, vemos cómo se derrochan esfuerzos para organizar bibliotecas escolares en intentos equivocados que ni resultan prácticos, ni respetan los criterios más elementales de la biblioteconomía (hay bibliotecas en las que se puede seguir el rastro de cíclicas organizaciones, todas ellas erráticas y cada una de las cuales representa decenas de horas de fatigoso trabajo).

El voluntarismo del maestro bibliotecario escolar suele asociarse también a la soledad. A menudo desarrolla su labor en medio del aislamiento respecto a compañeros de otros centros (no existen cauces para compartir preocupaciones, comunicar experiencias y poner en marcha iniciativas conjuntas) y, lo que es más grave, dentro del propio centro (su trabajo apenas cuenta con la colaboración del resto del claustro o no recibe el apoyo del equipo directivo), aunque afortunadamente hay lugares y centros donde la sensibilización es mayor y las condiciones mejores.

Esta precariedad formativa, horaria y de medios humanos y materiales amenaza con minar el entusiasmo del animador a la lectura más emprendedor que puede terminar por arrojar la toalla y abandonar su particular carrera de obstáculos. En ocasiones, la ausencia de un determinado maestro o profesor (por baja prolongada, licencia por estudios o traslado) representa la suspensión temporal o definitiva de interesantes programas de animación en el centro.

En consecuencia, el esfuerzo voluntarista, individual o de un pequeño grupo, es una balsa demasiado frágil como para sustentar por sí sola la biblioteca escolar y las iniciativas en relación con la lectura dentro de un colegio o instituto y no sucumbir destrozada contra los acantilados por la adversidad del oleaje.

3.- LA ANIMACIÓN A LA LECTURA: UNA MODA ¿PASAJERA?

Durante estos años, la animación a la lectura ha ido cobrando un protagonismo creciente. El Ministerio de Educación y Cultura desarrolla en la actualidad la enésima campaña de promoción del libro que sí, por un lado, puede despertar ilusión (hay que mantener la esperanza de que algún día se empiecen a aplicar políticas acertadas de fomento de la lectura con un horizonte de veinte o más años vista y no sólo el de las próximas elecciones), por el otro despiertan justificado escepticismo (por los cortísimos alcances que han tenido campañas anteriores y lo que, hasta la fecha, conocemos de ésta). Comunidades Autónomas y Ayuntamientos manifiestan una preocupación unánime por la difusión de la lectura, al menos en sus declaraciones de intenciones, con una gran disparidad en cuanto a los compromisos reales entre unos y otros. Son raros los Centros de Profesores y Recursos que no hayan programado varios cursos sobre la materia o los colegios que no organicen encuentros con autores, sesiones de cuentos, una jornada o hasta una semana entera dedicada al libro cuando llega el 23 de abril. Boletines de biblioteca, maratones de lectura, museos del cuento, álbumes de cromos, exposiciones de temáticas diversas, representaciones teatrales, carnavales literarios, charlas para padres, son algunas de las muchas actividades que han proliferado y que han contribuido a reforzar la presencia del libro en las aulas. Además, este trabajo se

suele hacer con un planteamiento festivo y participativo, alejado del aire grave y solemne de otros tiempos, de manera que los alumnos tienen la oportunidad de acercarse a la lectura por la vía del placer, que es el alimento más nutritivo de entre los muchos que proporcionan los buenos libros.

Pero también hay que decir que en demasiadas ocasiones se confunde contar cuentos con la presencia aislada de un *cuentacuentos*, el trabajo sobre la obra de un autor con el encuentro literario circunstancial auspiciado por la editorial de turno que implica la compra de determinado número de ejemplares y, en definitiva, se confunde la *animación* con la *lectura*. Esto ocurre cuando se celebran actividades vistosas, coloristas y bulliciosas que no cuentan con un trabajo de fondo que sirva de sustento, de permanente clima de fomento de la lectura en el día a día, instalada en el devenir cotidiano. Es el peligro del activismo irreflexivo, más preocupado por hacer (hacia fuera) que por crear actitudes (hacia dentro). Porque, en última instancia, son más los factores que separan la *animación* del ejercicio de la *lectura* que aquellos que las unen más allá del protagonismo en común del libro y sus implicaciones de imaginación y emociones. La animación a la lectura, por lo general se basa en actividades colectivas y dirigidas, habitualmente festivas. Mientras tanto, la lectura propiamente dicha es un acto de libertad individual que se realiza en silencio y soledad (incluso en medio de ambientes ruidosos, merced al aislamiento que procura el ensimismamiento de leer). Por otro lado, casi por definición, la animación a la lectura, tal y como la practicamos la mayoría de maestros y profesores, elude todo lo que se refiere al esfuerzo y se centra casi exclusivamente en la tentación lúdica (¿quizá por miedo al fracaso?). Por el contrario, para leer es necesario un ejercicio notable de atención y concentración sostenidos a lo largo de un tiempo prolongado que pone a prueba la voluntad del lector, atraído constantemente por otros entretenimientos que prometen recompensas inmediatas a costa de un trabajo menor (o de ningún trabajo).

Seguramente tiene que ver con esta tendencia que el fruto del activismo en materia de animación a la lectura es observable y evaluable (no tanto en sus consecuencias como en la brillantez de su ejecución), mientras que nunca podemos alcanzar certeza alguna acerca de la inclinación a leer de nuestros alumnos; tal vez quien ahora parece aficionado a leer deje de hacerlo en dos o tres años o puede que quien hoy nunca abre un libro se apasione mañana por la lectura. Aparte de que ¿cuándo podemos afirmar que alguien es un lector? ¿Cuando rellena correctamente una ficha de lectura? ¿O cuando toma un cierto número de libros de la biblioteca en préstamo? ¿Cómo entrar en ese ámbito de la intimidad que son los afectos? ¿Cómo anticipar el futuro lector de nadie? Dicho en otras palabras, la animación sitúa a los maestros y profesores en el terreno de lo objetivo y lo mensurable (esa seguridad que tanto necesitamos en nuestro trabajo repleto de dudas) mientras que la lectura nos traslada al de la inquietud y lo inasible (que multiplica la ansiedad y los interrogantes).

Dos consecuencias se desprenden de lo dicho anteriormente:

- Hay una escasa continuidad en las actuaciones de fomento de la lectura que recibe un alumno a lo largo de su escolaridad. Para ello es preciso el compromiso a largo plazo de los claustros, ¿sencillo?

- Las propuestas de animación lectora navegan en las aguas de la incertidumbre ¿qué logra lectores y qué no? No lo sabremos nunca con certeza. Sólo nos queda la esperanza de pensar que alguna de las cosas que se hacen, las que tienen continuidad especialmente, puedan ser semillas que den frutos en forma de lectores navegando por el mar de los libros.

Y EL FUTURO:

Una vez trazados algunos de los rasgos que definen la animación a la lectura después de estos veinticinco años, tal y como nosotros los percibimos con sus momentos oscuros y luminosos, nos situamos en una perspectiva de futuro para tratar de anticipar posibilidades en este tiempo de cambios acelerados.

Para empezar, nos vamos a permitir avanzar lo que consideramos debe ser una conclusión ineludible de estas Jornadas: la exigencia de la implantación de bibliotecas escolares en todos los centros educativos en las condiciones idóneas. Entendemos por tales condiciones las que pasamos a enunciar con urgencia esquemática:

- Contar con un local con accesibilidad completa, amplio y equipado con mobiliario apropiado (mesas, estanterías, expositores...).
- Disponer de equipamiento informático y audiovisual en la línea del moderno concepto bibliotecario multimedia.
- Tener al frente a un maestro o profesor bibliotecario con formación inicial en materia de animación a la lectura, formación de usuarios y técnica bibliotecaria (que incluya la gestión automatizada por procedimientos informáticos). El bibliotecario debe tener un horario suficiente de dedicación exclusiva a sus funciones entre las que debería figurar la coordinación de una comisión formada por profesores de los diferentes ciclos o departamentos, encargada de diseñar planes de animación a la lectura y dinamización de la biblioteca.
- Contar con un presupuesto anual para adquisición de nuevos fondos y equipos.
- Integrar una red de bibliotecas escolares dentro de su ámbito territorial, para el desarrollo de programas de coordinación.

Mientras llega ese momento, habrá que mantener firme la demanda. No es que la mera implantación de las bibliotecas escolares vaya a transportarnos por sí sola al mejor de los mundos posibles en lo que a animación a la lectura se refiere. Pero seguramente se trata de la condición necesaria, nunca suficiente, capaz de dar un mayor sentido y perspectiva a los esforzados intentos actualmente en curso que pasarían a gozar de continuidad, mejores medios y, de paso, el siempre necesario reconocimiento. A la vez, veríamos cómo surgen otras muchas iniciativas valiosas en el campo que ilusiona a todos los presentes. Si, por otro lado, se llegaran a producir efectos no deseados de burocratización y refugio acomodaticio..., esa es otra historia que deberá ser contada en otro momento.

La perspectiva de futuro que pretendemos dibujar, en un apresurado apunte, se funda en el compromiso personal con la lectura de todo maestro empeñado en que sus alumnos lean. Porque sólo un verdadero lector es capaz de sentir el suficiente amor por los libros como para desear transmitirlo a los demás con paciencia y modestia, sin imposiciones. El maestro lector sabrá aceptar que haya niños que rechacen la invitación, pero seguirá intentándolo día a día, persuasivamente, porque quién sabe si algún día... El maestro lector, en definitiva, permanecerá más atento a todos y cada uno de los frágiles árboles de la *lectura* (sus alumnos) que al frondoso, aparente y gran bosque de la *animación*.

Y ya se cierra el círculo de nuestra intervención. Concluimos del mismo modo que empezamos: con un cuento. Hemos traído un relato recogido por Italo Calvino en su obra *Seis propuestas para el próximo milenio* al que se pueden aplicar las palabras que encabezan el

maravilloso libro de Gustavo Martín Garzo, *La princesa manca*: “Una historia no necesita ser verdadera –dijo la alondra Alejandra- sino hermosa.”

“El emperador Carlomagno se enamoró, siendo ya viejo, de una hermosa doncella alemana. Los nobles de la corte estaban muy preocupados porque el soberano, poseído de ardor amoroso y olvidado de la dignidad real, descuidaba los asuntos del Imperio. Cuando la muchacha murió repentinamente, víctima de un extraño mal, los dignatarios respiraron aliviados, pero por poco tiempo, porque el amor de Carlomagno no había muerto con ella. El Emperador, que había hecho llevar a su aposento el cadáver embalsamado, no quería separarse de él, ni de día ni de noche. El arzobispo Turpín, asustado de esta macabra pasión, sospechó un encantamiento y quiso examinar el cadáver. Escondido debajo de la lengua muerta, encontró un anillo con una piedra preciosa. No bien el anillo estuvo en manos de Turpín, Carlomagno se apresuró a dar sepultura al cadáver y volcó todo su amor en la persona del arzobispo. Para escapar de la embarazosa situación, Turpín arrojó el anillo al lago de Constanza. Carlomagno se enamoró entonces del lago de Constanza y no quiso separarse de sus orillas nunca más.”

Tal vez la pasión por la lectura sea algo tan misterioso, inexplicable y raro como la obstinada atracción por un anillo sumergido en un lago.

Javier García Sobrino y Diego Gutiérrez del Valle. Equipo Peonza